



EDICION DE LUJO.	DIRECTORA,	EDICION ECONOMICA.
Dos reales	LA BARONESA DE WILSON	Un real
AL RECIBIR EL NÚMERO.	EDITORES PROPIETARIOS,	AL RECIBIR EL NÚMERO.
	J. CASTRO Y COMPAÑÍA.	
Año II.	Madrid 21 de Marzo de 1872	Núm 11.

## SUMARIO.

A nuestras suscriptoras.—Revista de modas, por la Baronesa de Wilson.—*La Madre al pié de la cruz*, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*La Cruz*, por la Baronesa de Wilson.—*La Deuda olvidada*, por D. Juan E. Hartzenbusch.—*El Libro del corazón*, por D. Ramon Ortega y Frias.—*La Virgen Madre*, por doña Victorina Sáenz de Tejada.—*Explicacion de los grabados*.—Charada.

## A NUESTRAS SUSCRITORAS.

Rogamos á nuestras lectoras cuya suscripcion concluye en fin de Marzo, se sirvan renovar con anticipacion, para que no sufra retraso alguno el envío de los números, y directamente á esta Administracion, enviando el importe en libranza ó sello de franqueo, certificando la carta en este último caso.

## REVISTA DE MODAS.

### 1.

Numerosas son las familias extranjerías que llegan diariamente, para admirar nuestra severa Semana Santa, en Sevilla, Toledo y otras capitales, y las majestuosas catedrales góticas, riquísimas joyas con que se enorgullece nuestra patria.

En Sevilla y Toledo, particularmente, la afluencia es bastante considerable, y sobre todo en la primera, deseados de contemplar esas admirables efigies de Montañes, de la Rodana, y la riqueza y lujo de los pasos de las cofradías.

Para estas solemnidades, hemos visto trajes severos y de la mayor riqueza, descollando el terciopelo y los encajes. De Almagro y Chantilly, son la mayoría de los velos y mantillas, propios para estos dias, y algunas de ellas, sobre todo para jóvencitas, son de forma fichú y cruzadas á un lado del pecho.

Un vestido de terciopelo negro, elegantísimo, vimos hace dos ó tres dias, guarnecido con tres volantes de encaje, colocados formando túnica, cogidos con lazos de raso á los lados, y cabecillas de raso, rizadas.

El corpiño tenia largas aldetas con otro encaje al borde y recogidas por detrás en puff. La nacional mantilla y la peinetta debia completar el traje.

Otro de terciopelo morado, con túnica de faya del mismo color adornada con terciopelo y un ancho fleco. La túnica por detrás es larga con puntas y figura como una casaca Luis XV, cuyas tablas están sujetas con lazos de terciopelo: otro igual adorna el cabello.

Un precioso vestido era de faya negra con la primera falda guarnecida con tres series de pasamanería, figurando ricos medallones al crochet.

La segunda falda, bordada lo mismo, forma delantal por delante, y recogíendose en solapas á los lados. Corpiño con seis aldetas rectas y con el mismo adorno. La manga era bastante original y nueva; ajustada hasta el codo con un adorno de pasamanería, un bullonado y una guarnicion de faya formando como dos anchas carteras, abiertas hasta el codo, redondas y con el adorno igual al resto del traje: la manga blanca es de encaje Malinas. Los guantes para este vestido



deben de ser color plomo bordados de negro, con cuatro botones: sombrero de terciopelo negro ó velo de Chantilly flotante, con peinado de trenzas; peine de concha y un tirabuzón á cada lado.

El anterior modelo puede hacerse de cachemir, y también quedaría elegante siendo menos costoso.

Otro vestido de mucho efecto, y distinguidísimo en su forma y en sus adornos, es un modelo que á continuación describo.

La falda era de terciopelo granate oscuro, rasante y ondeado el borde, festoneado con raso. La segunda falda lisa bordada y ondeada como la primera, y abotonada hasta el borde; por detrás forma *puff*; manga ajustada festoneada al borde, y segunda manga *dolman* que bajan desde el hombro y se unen por detrás con la túnica. Cuello recto encañonado. Corbatita de raso granate, guarnecida con encaje y vuelos Valenciennes. Para este vestido aconsejamos guantes de un color que armonice con el del traje; y si el sol hiciera indispensable la sombrilla, que ésta sea de faya, color habana oscuro con armazón de ébano y extremo de oro.

Para jovencita de 14 á 15 años, lectoras mías, sería muy lindo un vestido de faya marrón ó de poplín, adornado con bieses de raso negro, y sutache formando arabescos; segunda falda y chaquetilla bordada, abierta por detrás; manga ajustada y segunda manga *paje*; sombrero redondo, y el cabello en dos trenzas, tejidas sólo hasta la mitad.

Botas altas del color del vestido con botones y borlas.

Los volantes se formarán con colores diferentes, por ejemplo, siendo de color gris; se forra con color rosa, el azul con verde.

El estilo Luis XV reinará casi sin rival á pesar de que se disputen el cetro. Los vestidos lisos, y sobre todo, los llamados *Gabriela*, ó sotana, y los lazos, volantes y cintas Dubarry y Trianon.

Nuestra opinion sería que se abandonara para las jovencitas los graciosos trajes Luis XV y para las señoras el vestido severo y majestuoso, más en armonía con la edad y la posición social de cada cual.

Aun cuando la moda tiende en los peinados á que éstos sean muy elevados, sin embargo, en interés de nuestras bellas lectoras, repetiremos que no se deben llevar hasta la exageración, pues se exponen á caer en ridículo, y es lo que principalmente debe evitar toda señora, así como la profusión de flores y lazos.

Preciosos devocionarios se ostentan en las principales tiendas, con tapas de chagrin ó tafilete y de marfil; las de terciopelo son menos elegantes.

La Administración de EL ÚLTIMO FIGURIN es el único depósito del *Agua maravillosa de rosas de Grecia*, el descubrimiento de que hablamos en nuestro número anterior.

Nada más bello y juvenil que la frescura que presta al rostro, el sonrosado y el aromático perfume que esparce: con esta agua desaparecen las arrugas y todos los estragos que causan las enfermedades ó disgustos, pudiendo asegurar que no encierra nada nocivo.

Un precioso frasco con prospecto y caja, 75 reales.

La Baronesa de Wilson.

## LA MADRE AL PIÉ DE LA CRUZ.

CORO.

*¡Reina de los mártires!  
Rendíste honor  
Humildes, rogándote  
Nos prestes favor.*

UNA VOZ.

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,  
Con clavos sujetas las manos divinas,  
Ciñendo sus sienes coronas de espinas,  
Se ostenta en los brazos del leño, Jesús.

A diestra y siniestra, dos viles ladrones  
La pena reciben, que al crimen se debe;  
Mas sólo en el justo se enseña la plebe...  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

La túnica sacra, con grita, sortean  
En frente al suplicio, los fieros sayones;  
Y el pueblo voluble, con torpes baldones,  
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.  
Ya nadie remeda sus hechos pasmosos;  
Del bien que hizo á todos cada uno se olvida:  
Celebran su muerte, calumnian su vida.  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

«Si Dios es tu padre,—por mofa le dicen.»—  
Desciende, y entonces tendremos creencia,  
Los oye el cordero con santa paciencia,  
Y ya de sus ojos nublada la luz,  
Los alza exclamando: *Perdónalos, Padre:  
Lo que hacen ignoran, perdónalos pio,*  
Con roncadas blasfemias responde el gentío...  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

*Sed tengo*,—murmura la víctima santa...—  
Vinagre mezclado con hiel, le presentan,  
Sus labios divinos la esponja ensangrientan,  
Y rie, y se goza la vil multitud...  
En tanto, del mártir se huela la sangre,  
Cubriendo su frente con nubes espesas;  
Le tiemblan las carnes, le crujen los huesos...  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz.

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

*Mujer! vé á tu hijo*—la dice,—y señala  
En Juan, á la prole de Adán delincuente,  
*Ahí tienes ¡oh hombre! tú madre elocuente*  
Mirando al apóstol,—añade Jesús.  
Tal es el legado que alcanzan los mismos  
Que son de su muerte, causantes insanos:  
Les dá, para el cielo, derechos de hermanos...  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

Mirando del Cristo la suma clemencia,  
De aquel que á su diestra comparte el suplicio,  
Conmueves el alma, que el gran sacrificio  
Ya en ella ejercita su inmensa virtud.  
«De mí no te olvides,—le dice,—en tu reino»:  
Jesús premia al punto su fé meritoria:  
*Conmigo,—responde—serás en la gloria...*  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*

VOZ.

Más ¡ay! ya el instante se acerca supremo,  
Ya el pecho amoroso con pena respira;  
Se inclina aquel rostro que el ángel admira,  
Y eleva la muerte su fiera segur.  
—*¡Oh padre Divino! ¿por qué me abandonas?*—  
La voz espirante pronuncia despacio:  
Su queja doliente devora el espacio...  
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

CORO.

*¡Reina de los mártires! etc.*



## VOZ.

¡Todo es consumado!—Mi espíritu ¡oh Padre!  
 ¡Recibe en tus manos!—clamó el moribundo;  
 Retiemblan de pronto los ejes del mundo,  
 Se cubren los cielos de oscuro capúz,  
 Se parten las piedras, las tumbas se abren,  
 Sangriento un cadáver se ve suspendido...  
 ¡De Adán el linaje ya está redimido!  
 ¡Y aún queda la madre al pié de la Cruz!

## CORO.

¡Reina de los mártires!  
 Rendímoste honor  
 Humildes, rogándote  
 Nos prestes favor.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Grabado núm. 1.



## LA CRUZ.

*Crucifícale*, decían los judíos señalando con encono al Hombre-Dios, *crucifícale*; es decir, condénale á la muerte

más infamante, más vergonzosa; pues según los antiguos libros santos, «aquel que muera atado á un madero, será maldito de Dios.» ¿Cómo podían pensar que muerto Jesús en la cruz, encontrara quien siguiera sus doctrinas, y que fuera el Calvario la base de la religion católica?



El hombre, generalmente suele gozar con los sufrimientos de sus semejantes, y cuando el malvado puede vengarse del justo, busca un suplicio más cruel que la muerte.

Ha dicho un escritor que al visitar el Gólgota no vió sino un lugar mezquino y degradante: es verdad; el Calvario era el sitio destinado para las ejecuciones, era vergonzoso como la cruz, no podía faltar nada que no aumentase la injuria; sólo así el Hijo de Dios podía rescatar los pecados de los hombres. ¿Acaso la degradación del Calvario era mayor que la infamia de los que con alborozo y burlas, contemplaban al Salvador del género humano?

Al salir del pretorio iba cargado con la cruz, y como decían las antiguas profecías: *Llevará sobre su hombro el cetro de su omnipotencia.*

Era la representación de Abel, á quien Cain conducía al sitio en donde debía darle muerte; Isáac con el haz de leña para su sacrificio; José con su vestidura tinta en sangre, y vendido por sus hermanos.

Su martirio era por el género humano, y al resignarse á sufrir tan infinitas amarguras, obedecía al autor de todo lo creado, expiaba la intemperancia y los malos instintos de los hombres, obedecía, en fin, á las profecías.

El vino mezclado con hiel y vinagre, al ser rechazado por el mártir, representa algo más que la repugnancia natural que debía causarle: demostraba que si bien comprendía las amarguras del pecado, jamás bebió su veneno, y que en la cruz resplandecía con más brillante aureola su pureza y su inocencia.

Jesucristo crucificado, era la alegoría de su Iglesia; el tipo de los sublimes mártires que por ella sucumbían más tarde; pero que al morir, la idea quedaba triunfante, victoriosa, sobre las tempestuosas ondas de la incredulidad y la barbarie.

La fe, al inundar el corazón de los católicos, les hacía aspirar á la suprema gloria de morir como el Hijo de Dios, y la cruz la representación en la antigüedad de todo lo siniestro, de todo lo infame, de la ignominia y de la fatalidad, lo que en la antigua Roma era el suplicio destinado para los esclavos, se convirtió en un símbolo santo, sublime, grandioso, personificándose en él la humildad, la caridad cristiana, la resignación y la pureza.

A pesar de que antes de la venida del Mesías, la cruz era el mayor baldón, á pesar de que Tarquino la imponía para afrenta de los cadáveres de los ciudadanos romanos que se suicidaban; que Graco condenaba á la pena de la cruz á Publio Popilios, y de que Cicerón expresa con las siguientes palabras su horror por la cruz:

«Terrible es una sentencia pública, desastrosa la confiscación, horroroso el destierro, pero en medio de estas calamidades, queda aún algún vestigio de libertad, y la muerte, si nos fuera impuesta, la sufriríamos sin murmurar. Pero que el verdugo, el velo para cubrir la cabeza y la muerte en la

cruz, no hiera ni aun con el pensamiento á un caballero romano.»

A pesar, pues, de todo esto, los paganos, los judíos, presentían sin duda el misterio de la cruz del monte Calvario.

Dice Tertuliano que Jacob, cuando imploró del cielo la bendición para los hijos de José, puso la mano derecha sobre la cabeza de aquel que estaba á su izquierda, y ésta sobre el que se encontraba á su derecha, formando una cruz y anunciando las bendiciones que el crucificado derramaria.

Moisés, de pie y con los brazos extendidos en la cima de la montaña, rogando por el pueblo hebreo, formulaba la cruz y los sacerdotes en el templo, levantaban la hostia del sacrificio y la inclinaban á Oriente y á Occidente, de modo que el sacerdote cristiano sólo añadió las palabras augustas que encierran el pensamiento del cristianismo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Grabado núm. 2.



La cruz se encuentra en todos los signos misteriosos de los pueblos: las manos cruzadas sobre el pecho, el índice cruzado sobre el pulgar, ó los brazos extendidos como en la estatua de la *Piedad pública*, en Roma; sin duda se consideró siempre como el signo más expresivo para adorar á Dios.

Desde el pretorio de Jerusalén, ¡cuántas iníquas sentencias se han pronunciado, cuántos sacrílegos sacrificios se han impuesto!

Las arenas de Roma, se tiñeron con la sangre de los que morían adorando la cruz, y esa santa y consoladora enseña es la representación del justo, que no vacila ni ante los ultrajes, ni ante la muerte.

Al recorrer la estéril Judea, antes tan fértil y risueña, hoy triste, desierta, esclava, el corazón más ateo cree, ese pueblo que crucificó á Jesús, que le vió morir, diciéndole: «si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz»; ese pueblo expía su crimen.

¡Salve, símbolo de la cristiandad, emblema de todas las virtudes, enseña de la gloria y del heroísmo, en cuyo nombre peleaban con denodado esfuerzo nuestros antepasados! ¡Salve cruz augusta, que nos enseña á perdonar las injurias, á amar á nuestros semejantes, á honrar á nuestros padres, á socorrer á los desvalidos, á respetar las leyes, á resignarnos con los caprichos de la suerte, que nos demuestra, en fin, los deberes de la humanidad en todas sus más nobles aspiraciones! ¿Ha decaído á través de tantos siglos, la fe religiosa la idea del catolicismo? No; vive siempre: sólo que no se manifiesta con tanto entusiasmo, y pudiéramos decir, sin embargo, que en el corazón de los católicos se alberga con más pureza que nunca. Los preceptos de la cruz harían felices á los hombres, si éstos pudieran ejercerlos en toda su perfección.

¿Acaso no son los más sublimes, los más generosos y liberales?

La Baronesa de Wilson.





HEMEROTECA  
MUNICIPAL



1028

L. F. MAX. S.

### EL ULTIMO FIGURIN.



HEMEROTECA MUNICIPAL  
MADRID

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA NÚMERO 11.—MADRID.

11-72







## LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORANEA

por

DON JUAN E. HARTZENBUSCH.

(Continuacion.)

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen, y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge, mujer, en efecto, la más inocente y fea de aquel partido.

La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema.

La viuda en vísperas de desenviudar, habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita. Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí con grave riesgo de su persona: sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal no reñirla nunca, siempre que no se rebelase cuando le mandase tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses, y á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólicas.

Entre tanto, Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió, y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera.

Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió más adelante la memoria de su amante promesa, y por fin, vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia; húbole de oír su ordinaria exclamacion

«¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitarle el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que más debiéramos esperar, y que ménos prevenidos nos halla; la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el inválido el postrer vástago de su familia; y sin escrúpulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora, convertido repentinamente en el respetable señor don Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores fué obra de pocos minutos. Concurrieron á la cita los más; pero no todos, y el opulento señor don Alfonso, no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban.

«Esta noche sí que duermo como una estatua (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto). Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (exclamó al levantarse): debo una repa-

racion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé donde pára, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

—Pero señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aún? ¿qué debo yo?

(Se continuará.)

## EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

SEGUNDA PARTE.

Un misterio.

CAPÍTULO PRIMERO.

La baronesa.

Lucía de Guzman, baronesa viuda del Campillo, tenia veinticuatro años. Al cumplir diez y ocho, habia hecho el sacrificio de su juventud, su belleza y sus inclinaciones, uniéndose á un viejo diplomático, el baron del Campillo, que era dueño de una gran fortuna y que en compensacion de los achaques, propios de su edad, y de las extravagancias de su carácter, ofreció á su esposa una brillante posicion. ¿Era esto suficiente para que Lucía fuese dichosa?

Rodeada de lujo deslumbrador y de comodidades; objeto de toda clase de atenciones; halagada en todos sentidos, y adulada por todos, no sabemos si la jóven llegó á

encontrar aceptable y soportable su nueva situacion; pero si no sucedió así, al ménos representó admirablemente su papel de mujer dichosa.

Decíase que durante la época de su matrimonio habia sido un modelo de fidelidad conyugal; pero algunos asegu-



LA CRUZ DE PLATA, EJECUTADA POR JUAN DE ARFE.



raban que sobre este punto las apariencias eran engañosas. ¿Quién decía la verdad?

Lo ignoramos; pero todo se aclarará en el trascurso de esta historia.

Antes de los dos años de matrimonio, Luisa tuvo un hijo, que nació bajo el triste cielo de San Petersburgo, donde el baron representaba á España.

Este hijo fué objeto de los primeros comentarios que se hicieron en cuanto á las virtudes de Lucía.

El diplomático había cumplido ya sesenta años, era muy débil y estaba casi siempre enfermo. Puede decirse que vivía artificialmente.

Su esposa era jóven, de organizacion vigorosa, de espíritu enérgico, y gozaba de la más perfecta salud.

Los murmuradores que tenían peor intencion, se concretaban á decir que la vejez y la debilidad del marido estaban compensadas con la juventud y la fortaleza de la mujer.

Y con decir esto y sonreír maliciosamente, habían dicho más de lo que á la honra de Lucía convenia.

Para herir el honor de una persona, para concluir con la reputacion mejor adquirida, basta una reticencia, una sonrisa, un leve gesto.

Hé aquí cómo se hace dudar de la honradez de una persona:

—¿Conoce usted á Fulano?

—¡Fulano!... Ya... ya... Sí...; es decir, un poco...

—¿Qué tal persona es?

—¡Oh!... No, yo no sé nada, absolutamente nada.

No es menester más.

Así se injuria y se calumnia, sin que al miserable calumniador se le puedan pedir cuentas de su ruin proceder.

Lo repetimos, las reticencias, el tono, el gesto, nada dicen, pero despiertan la duda, y ésta deja siempre una huella que muy difícilmente se borra.

Ni más ni menos había sucedido con Lucía; nada se había dicho concreto y que debiera tomarse en consideracion; pero ello es que la reputacion de la jóven había sido herida profundamente.

La creencia de que una mujer olvida sus deberes, afecta á los que no teniendo otra cosa en que ocuparse, y desconociendo sus deberes para la sociedad y todo sentimiento noble, no se ocupan más que en galantear á cuantas mujeres creen accesibles.

Este es un oficio como otro cualquiera, que necesita su aprendizaje y ciertas condiciones en el individuo. Tiene, como todo en este mundo, sus ventajas y sus inconvenientes, y no será honroso, pero hay quien lo encuentra bueno, porque hasta para verdugos y agentes de policia secreta hay hombres.

A todas las mujeres las encuentran iguales; para todas tienen las mismas palabras, y á todas las abandonan con la misma facilidad.

Entre todos los hombres que así se degradan no encontrareis uno que tenga ni mediana inteligencia; pero todos ellos creen que sus encantos personales van encendiendo pasiones y trastornando la cabeza de todas las mujeres.

Son dignos de desprecio más que de castigo; pero desgraciadamente, hay tambien mujeres para todo y siempre reciben las duras lecciones que merecen.

Verdad que no escarmientan, ni se arrepienten, ni mucho menos reconocen que representan un triste papel, porque no hay nada tan difícil como convencer á un tonto.

Excusado es decir que todos ellos son holgazanes, vagos, seres inútiles, pesada carga para la sociedad, y que no tienen ni siquiera el mérito de los zánganos, pues éstos hacen algo provechoso en las colmenas.

Lucía se vió, pues, asediada por un millon de adoradores.

Tal vez alguno la amaba de veras; pero ella rechazó enérgicamente las solicitudes de todos, y todos se quedaron iguales. Empeñáronse los ociosos en averiguar quién era el hombre feliz que había conseguido los favores de la baronesa, y la espionaron á todas horas y en todas partes, hasta dentro de su casa, pues sobornaron á sus criados.

Nada consiguieron.

Lucía era atenta con todos; pero á nadie concedía más franquezas ni más intimidad que la que permitía su decoro.

Esta fué una contrariedad horrible para los maldicientes y para los despechados.

Entre tanto, el viejo diplomático vivía tranquilo, pues tenía ciega fé en la virtud de su esposa. Probablemente acertaba, y aunque no, ¿para qué quería vigilar á la jóven?

Tenía ésta sobrados guardianes con sus pretendientes; había muchos necios que se tomaban el trabajo que no quería tomarse el baron.

Murió éste un año despues de haber sido padre.

Lucía quedó dueña de una gran fortuna, y como tampoco le quedaban ya parientes cercanos, en vez de volverse á su patria, determinó pasar en Italia los primeros años de su viudez, dedicándose exclusivamente á cuidar de su hijo.

¿En qué punto de Italia se estableció?

Nadie lo supo.

Despues de cinco años, es decir, cuando su hijo debía tener seis, apareció Lucía en Madrid, donde en otro tiempo había tenido relaciones con las personas de más distincion.

Había sido casi olvidada, porque á nadie había escrito desde que enviudó; pero bien pronto reanudó sus antiguas amistades.

Le preguntaron por su hijo, y ella respondió que le había dejado en un colegio de Alemania.

Esto nada tenía de particular, y nadie volvió á ocuparse de semejante asunto.

Los primeros meses que la baronesa pasó en Madrid, vivió casi en un retraimiento que no estaba en armonía con su juventud, concretándose á hacer las visitas más precisas para sostener sus relaciones, y presentándose raras veces en los paseos y teatros; pero de repente cambió de sistema de vida, se presentó en todas partes y abrió sus salones, ofreciendo á sus amigas agradables fiestas.

Como las criaturas no pueden vivir sin hacer algo, las que otra cosa no tienen que hacer, se ocupan de ajenas vidas y murmuran, y el cambio de vida de la jóven viuda fué objeto de comentarios.

Si hay algun desocupado que tiene ingenio, hay tambien muchos tan sobradamente necios, que por decir un chiste son capaces de herir mortalmente la mejor reputacion ó de negar los nobles sentimientos de la más virtuosa criatura.

La baronesa no se libró de este peligro, ni aun de otro mayor, que consiste en la defensa de amigos estúpidos, defensa que hace más daño que los ataques del más cruel enemigo.

¿No tuvo entonces adoradores?

Muchos; pero no tantos como cuando estaba casada.

El amor de una viuda ofrece el mismo peligro que de una soltera; es decir, que puede terminar una boda, y esto para los galanteadores de oficio es una horrible desgracia, pues una vez casados, tienen que abandonar su profesion.

Aunque pocos, hubo algunos que muy de veras desearon reemplazar al viejo diplomático, porque á la jóven le sobraban encantos para encender el corazón de los más indiferentes y trastornar la cabeza de los más juiciosos; pero ninguno consiguió lo que deseaba.

La baronesa escuchaba las galanterías con toda la benevolencia de una mujer bien educada; pero se mostraba firmemente resuelta á no casarse otra vez.

¿Era posible que cumpliera este propósito una mujer jóven y sensible?

Debia suponerse que no; pero ella lo cumplía.

¿Había algun hombre que fuese amado secretamente por la baronesa?

Se pensó en esto, se trató de averiguar, y nada se consiguió.

No había un sólo hombre que pudiera envanecerse de ser recibido con intimidad por la encantadora viuda.

Todos encontraban cordial acogida; pero ninguno consiguió distinciones.

Para todos tenía la baronesa sonrisas y palabras agradables; trataba lo mismo á los viejos que á los jóvenes, á los protegidos por la fortuna que á los desgraciados. Todos eran sus amigos, y nada más.

Sin embargo, había un hombre que gozaba de ciertos privilegios en aquella casa, que parecía tener gran influencia sobre la viuda y que era mirado por ésta con un respeto inexplicable; pero nadie pensó en él cuando se trataba de amor, porque ni se tenía noticia de que fuese rico, ni era jóven, ni mucho menos estaba adornado de belleza personal, ni tam-



poco ocupaba una de esas posiciones brillantes que muchas veces deslumbran á la mujer, porque halagan su amor propio.

Es verdad que la viuda no era fácil deslumbrarla en este sentido, puesto que se habia visto halagada sobradamente mientras vivió el viejo diplomático.

Si todo esto era bastante para que la baronesa fuese considerada como una mujer misteriosa, era también motivo para que el personaje en cuestión fuese mirado como un misterio.

Más de una vez advirtieron los observadores que se habia oscurecido el semblante de la jóven viuda al aparecer el hombre de quien nos ocupamos; pero la alegría no habia sido turbada más que por un solo instante.

Esto no podia significar sino lo que significa la ligera nube que oculta la luz del sol para que brille luego con doble intensidad.

Sin embargo, era un detalle que tenia muchísima importancia, y como los detalles sirven para conducirnos al fondo de lo que no se explica fácilmente, lo consignamos sin perjuicio de hacer las observaciones.

Concluiremos ocupándonos otra vez exclusivamente de la baronesa.

¿Era feliz?

Debía serlo, á pesar de su viudez, porque ya habia pasado tiempo más que suficiente para que su dolor de amante esposa entrase en ese período de calma que no es un estorbo para la dicha.

El mundo, que no juzga ni puede juzgar más que por las apariencias, habia dicho: «la baronesa sonríe, luego es completamente feliz.»

Rara vez se le ocurre al mundo pensar que las sonrisas son encubridoras de dolores intensos, de tormentos espantosos; que las sonrisas son á veces el disfraz con que la muerte oculta su negro y horrible esqueleto.

En las sonrisas de la baronesa habia algo de irónico, de amargo, de apenador, que para el mundo habia pasado de-

sapercibido. Si la jóven hubiese tenido una madre, no se habria escapado á la mirada de ésta que en el alma de la hija se agitaba una borrasca espantosa.

Empero al mundo se le engaña fácilmente, porque de engaño se alimenta, y con ilusiones y oropel levanta el edificio de su felicidad

Cuando la viuda se encontraba sola, puede decirse que se trasformaba, que era otra mujer.

Entonces se antublaba su frente, se arrugaba su entrecejo y su mirada se tornaba sombría.

Ya no se abrían sus tentadores labios para sonreír, sino para murmurar frases de amargura desgarradora.

¿Era la baronesa un demonio con el rostro de ángel?

¿Era una víctima, un querubín, un mártir que se sacrificaba en aras de un sentimiento noble y sublime?

Una ú otra cosa debía ser, porque tratándose de ella, no era posible el término medio.

Buena ó mala, preciso es reconocer que la jóven no era una mujer vulgar, sino una criatura verdaderamente extraordinaria.

No podemos sobre este punto dar ahora más explicaciones, y nos es preciso esperar á que los sucesos pongan en claro la verdad.

De todo ello se deduce que el mundo tenia razon en una cosa, en que la baronesa era un misterio.

Esto le daba doble encanto, porque no hay nada que interese tanto como lo misterioso.

Si se preguntaba á sus criados, respondían:

—La señora baronesa es generosa como ninguna criatura, es un ángel; pero tiene caprichos inconcebibles, y son

muchas veces desde la dulzura pasa á la severidad, y son terribles sus arrebatos iracundos.

(Se continuará.)



EL SANTO CRISTO DE LAS AGUAS.

(Paso de la procesion de la Semana Santa en Toledo.)



## LA VIRGEN MADRE.

¡Miradle! De una cruz yace pendiente  
 El hijo santo de la Virgen pura:  
 Ya el tierno corazon no late ardiente  
 Por el amor inmenso á su criatura:  
 El sol divino, su mirar luciente  
 Con rayo celestial ya no fulgura,  
 Y su vibrante voz, eco de amores,  
 Ya no llama á los tristes pecadores.  
 ¡Murió! Mas no cual muere en nuestra vida  
 Del crudo tiempo á la inflexible mano  
 El dulce encanto de la edad florida  
 Que del pasado traga el Océano;  
 Ni cual la flor de una ilusion querida  
 Que esparce el viento del dolor insano:  
 Murió cual muere el sol, cuando su imperio  
 De luz y de calor da á otro hemisferio,  
 Baja á otro mundo; su fulgor radiante  
 El fuego de su amor vívido quema,  
 El yugo que Luzbel forjó triunfante  
 Y de la humanidad el anatema  
 Abrele al hombre el corazon amante;  
 Bríndale dicha celestial suprema:  
 Un ¡ay! en tanto en el infierno zumba,  
 El reino de Satan rueda á la tumba.  
 ¡Libre es la humanidad! ¡Cantad, criaturas!  
 Mas no, que un eco celestial doliente  
 Más que el gemido de las auras puras,  
 Más que el cantar de tórtola inocente,  
 Eco de un mar profundo de amarguras,  
 Penetra el corazon, turba la mente.  
 ¿Quién osará abrigar dulce alegría  
 Cuando junto á la cruz está María?  
 ¡Vedla! El carmin su tez ya no arrebola;  
 Triste como el lucero de la tarde,  
 Su lánguido mirar débil tremola  
 Como la luz que en los sepulcros arde.  
 ¡Desdichada mujer, doliente y sola  
 Do hacen los hombres de fiera alarde,  
 Y henchida el alma de dolor prolijo!  
 ¡Madre sola sin par, madre sin hijo!  
 ¡Sola! ¿Quién sabe el infortunio rudo  
 De un sér en soledad, sin semejante  
 Que un yermo nada más, seco y desnudo,  
 Halla en la tierra con dolor punzante?  
 Nadie entiende su voz, es pobre mudo,  
 Siente en el alma hielo penetrante;  
 Y en el mundo, del uno al otro polo,  
 No hay sér para aquel sér, él está solo.  
 ¿Y al alma divinal, de Dios encanto,  
 Quién, sino el mismo Dios comprendería?  
 El torrente de gracia y de amor santo,  
 ¿A donde sino al mar caminaria?  
 La tierra ornada con florido manto,  
 Aún el cielo y su luz, ¿qué ofrecería  
 A la hija suma del Eterno Padre?  
 ¿Quién hay sino Jesús para su Madre?  
 ¡Y ha muerto ese Jesús! Ya de su alma  
 Al alma de su Madre peregrina  
 No llega y vuelve en misteriosa calma  
 Puro y célico amor, fruicion divina.  
 Virgen bella sin par, enhiesta palma,  
 Astro de luz, estrella matutina,  
 ¡Gime, como del mar la inquieta ola,  
 Gime, mar de dolor, porque estás sola!  
 ¡Llora! También nosotros lloraremos.  
 Misera humanidad, tristes mortales,  
 Mares de amargo llanto derramemos:  
 Fuimos la causa de sus hondos males.  
 Porque del Hijo de su amor gocemos  
 Para abrírnos las puertas celestiales,  
 Ella, abismo de gracias sin segundo,  
 Queda sin su Jesús, sola en el mundo.

Victorina Saenz de Tejada.

Sevilla.

## EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Falda de terciopelo lisa. Túnica de seda del mismo color, abotonada con botones de terciopelo y guarnecida con dos cintas de terciopelo.

Esta túnica es redonda por los lados, y el adorno sube hasta la cintura; forma puff por detrás, y tiene 70 centímetros, y por delante 60.

Corpiño de terciopelo con aldetas abiertas de 15 centímetros de largo; manga de codo de seda con vueltas de terciopelo: cuello de encaje.

2.º Traje de seda verde. Falda de cola, adornada con un volante de 50 centímetros con grandes picos al borde y más pequeños en la cabecilla, sostenida por un ancho terciopelo. Túnica recta con los mismos adornos. Corpiño con chaleco: dos aldetas á los lados y una más larga en el centro, forman la espalda. Manga muy ancha, abierta hasta el codo y con un lazo.

Sombrero de terciopelo adornado con plumas y una caída de rosas.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido de seda negro. Falda lisa por detrás, adornada por delante con un volante de encaje, cogido á cada lado con un lazo de raso negro.

Chaqueta ajustada de cachemir gris perla, bordada, y cuya forma es Luis XV, abierta y redonda por delante, recogida á los lados en la cintura, con lazos de raso. Manga de codo: por detrás tiene 75 centímetros de largo.

2.º Vestido de raso color plomo, adornado con un volante de 15 centímetros de ancho y un bullonado *marquesa*. Corpiño con aldetas abiertas. Mangas Luis XV. Abrigo de terciopelo negro con adorno de piel y fleco. Las pieles pueden sustituirse con raso. Sombrero ovalado de terciopelo negro con pluma gris.

## EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Falda de seda marron con un ancho volante de 50 centímetros compuesto de medias tablas y cinco volantes de 10 centímetros, fruncidos y ondeados.

Túnica ajustada de paño ligero, ondeada formando delantal redondo, drapeado por detrás y recogida con cordones interiores. Pelerina redonda y manga ancha, ondeadas y adornadas con una cinta de seda. La manga mide 70 centímetros de largo.

Sombrero de castor adornado con terciopelo negro.

2.º Falda de faya negra con volante de 40 centímetros de ancho, adornado con un bullonado de 8 centímetros y extremo de raso rizado de 3 centímetros.

Corpiño de terciopelo negro formando gaban, adornado con encaje y con carteras.

Sombrero de castor, adornado con plumas negras y azules, encaje y terciopelo.

## CHARADA.

Mi primera es consonante,  
 Aunque alguien diga: «No tal.»  
 Es mi segunda otra letra,  
 Y por más señas, vocal.  
 Mi primera con segunda  
 Es una constelacion,  
 Y segunda con prima,  
 Andaluza exclamacion;  
 Segunda y tercia te encargo  
 Respetes en los demás,  
 Y que trates que en tí propia  
 Nadie pueda mancillar.  
 En óperas y en novelas  
 Mi todo á veces verás,  
 Como que es nombre de damas  
 Que siempre me honré en llevar.

Leonor Lopez.

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.